



Guillermo Feliú Cruz

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE:

Homenaje a Guillermo Feliú Cruz

Por HÉCTOR FUENZALIDA

Se ha cumplido ayer el primer aniversario de la muerte de Guillermo Feliú Cruz.

Conserve vivo el recuerdo de los días que antecedieron a su fin. Frente a la crueldad del mal que le aquejaba, no perdió nunca la entereza necesaria a un vasto plan de actividades. Wasedo para sus últimos días. Servía sus tareas tolerando, con igual estoicismo, el sordo médico contra una enfermedad cruel, de diagnóstico fatal.

Se dio tiempo también para ordenar papeles, archivos, galerías, señales, láminas e ilustraciones, disposiciones testamentarias, casi todo ello dirigido a la organización de un vasto homenaje nacional a Claudio Cruz, custodiado de la marcha de ediciones y actos que el mismo promovía desde su lecho o desde su escritorio que ya no podía abandonar, salvo una sola vez para concurrir a una notaría donde firmó la autorización para que sus restos fueran cremados, estampando su grafismo como quien signa la propia sentencia de muerte.

—Yo no hago concesiones ante la verdad, aunque sea ésta mi muerte y mi condenación— solía decir a sus íntimos y amigos.

Y vivía a sus papeles queridos. Con su elegante y limpio grafismo iba llenando páginas y páginas de apretada composición. Nunca demoraba verificaciones. Tenía Feliú un estilo de escritura y segura, la plasticidad necesaria para vigorizar ideas y destacar sentencias que revitalizaban la historia y hacían antes los malos residuos de la erudición. No gustaba repasar lo escrito. Su modo tan particular, el impulso de su brazo y esa su memoria ágil, hacían lo demás. Era una infatigable como una computadora que dejaba atento a quién la requería al sólo tacto de sus dispositivos.

Feliú Cruz no perdió nunca la avidez por los libros que pudieran brindarle un mensaje en las ideas y en el campo de la belleza pura, fuera donde fuera que ella se aslara. Si se repasan las páginas de esa formidable bibliografía que firman sus discípulos Manuel Cifuentes y Guillermo Fuenzalida que se inserta en el homenaje que hoy le tributa la Biblioteca del Congreso, se ve el dibujo de una pasión histórica-bibliográfica que cobró las principales bases de su vida. Pero tan completa como acuciosa, con sus 35 años, no logra atravesar todas las guías de su espíritu en la subconciencia de sus gustos severos por los ensayos literarios, el conocimiento incidental de libros de palpante actualidad y esa devoción a la oculta obra poética de Neruda, para esmarcarlo de contentamiento en sus últimos días. "Manía de coleccionista", decían algunos, al ver cómo crecía su recopilación nerudiana en diversas lenguas y ediciones.

Feliú Cruz fue un polemista feroz que agudizó su sagacidad y erudición resaltando como un litigio para anunciar meritos y señalar errores sobre el texto de comentaristas ante una dudosa documentación. Fue por eso también terrible promotor y adversario como maestro y contendor.

La perspectiva del tiempo fue dada a su personalidad un dibujo particularismo en el campo de historiografía colocándolo en el engrave de la gran tradición que comienza con Barros Arana y Vicuña Mackenna, para seguir en la obra de Medina y de Matta Vial y arribar a los valores de su propia generación. Fueron estos últimos sus maestros estilísticos desde que se divorció de las aulas y comenzó, a los 18 años, su labor de publicación.

Un suceso bohemio que recuerda sus amigos y condiscípulos del Liceo de Aplicación motivó un serio y definitivo rompimiento con su vida escolar. Decechó entonces todo lo que puede tratarse de su vocación y se entrega al estudio guiado por el consejo de quienes reconocía como sus únicos maestros. Don Julio Montebano, afirma Cifuentes y Fuenzalida, le apoya y guía desde el liceo, en sus estudios humanísticos; Matta Vial le orienta la formación intelectual; José Toribio Medina, lo adentra en el conocimiento histórico-bibliográfico y reconoce en él toda la pasta como discípulo predilecto. Laval le sileña en los recursos del idioma, en su formación de escritor. Domingo Amunátegui lo induce al cultivo del ensayo histórico, y su maestro del Instituto Pedagógico, don Luis Faga Rojas, firma su base de estudios de la geografía y el gusto por la enseñanza universitaria.

Pero, pienso a esta pléyade, Feliú Cruz no deja nunca de ser un autodidacta. Y siguiendo esta conducta, logra escalar por sus solos méritos, por la virtud del propio esfuerzo, los ascensos que lo llevan a la cátedra universitaria y le franquean la entrada a la gran monarquía hispanoamericana de las sociedades doctas del continente. Llegará a ser Secretario General de la Universidad

de Chile y Decano de su Facultad de Filosofía y Educación. Y nadie pudo quitarle el ser, a los 21 años, el Conservador del Fondo Histórico-Bibliográfico que lleva el nombre del maestro, cargo desempeñado durante 30 años, hasta el día de su muerte, y el de director indiscutido de la Biblioteca Nacional, donde le cabe recibir y poner al día una tradición bibliográfica perdida desde la dirección de don Luis Monti. Esas salas conocieron las manos de Feliú en su ordenación, libro tras libro, de sus anaqueles, catálogos y registros bibliográficos. No tenía igual en América.

No entrar en la clasificación comparativa de su obra, ya no debería en proclamar como la mejor su "Historia de las Fuentes de la Bibliografía Chilena", ensayo crítico en tres volúmenes, destinado a llenar un inaplicable vacío en un país lleno de la más notable cultura bibliográfica: una monografía como él decía, un estudio o un ensayo que presenta, en su conjunto, ese capital tan descolante de la vida intelectual de Chile. Es su obra cumbre, es su testamento.

Resulta, pues, muy explicable, que en la creación de homenajes nacionales de la Biblioteca del Congreso para desarrollarse en un plan de uno por cada año abarcando los más notables chilenos, se insigne esta colección con el nombre de Guillermo Feliú Cruz y que esta llegue a ver la luz pública al borde del primer aniversario de su muerte. Es una magnífica edición de 1.200 páginas que recoge 40 estudios de autores chilenos y americanos, en memoria del maestro. Es una edición primorosa de la Editorial Jurídica, compuesta por Mauricio Amster, bajo la dirección y compilación de Neville Blinn, una funcionaria de la Biblioteca. Entre los extractores están profesores Eduardo Cerrea, Pedro Grazzini, Lewis Harte y Ricardo Levra, respondiendo al llamado de Neville Blinn. Se agregan esos "Tres ensayos sobre el Periodismo", de René Silva Espejo, basados en una ardiente defensa de la libertad de información, la libertad de pensamiento a la luz de los derechos humanos, magistral síntesis de la historia del periodismo americano con una glosa final sobre el difícil decenio de 1920 a 1930 en que el país fue escenario de convulsos sucesos políticos que afectaron hondamente la marcha del diario.

Hay también en esta recopilación estudios literarios, epistolarios anecdóticos de nuestra historia; recopilaciones bibliográficas, el ambicioso registro de Leonardo Mazzini de Grazia, el señalado de Cifuentes y Fuenzalida que, junto con los sobresalientes ensayos de René Luis Echazú y del padre Gabriel Guarda acerca del fundador de la familia Ojaguer Feliú en Chile, constituyen un homenaje directo a la persona del historiador. ¿Cómo señalarlos todos, cómo omitir algunos? No se pueden olvidar los nombres de Fernando Campos Harriet, de Mario Cerrea Saavedra, uno de sus discípulos en la Facultad de Derecho; el notable estudio de Julio Hesse González cuya sola título resalta su calidad. El ensayismo político en el período parlamentario (1866-1885), lleno de merced percepciones y documentación, junto con el brillante estudio de Sergio Fernández Lavraín, "Carlón V. Latorre y la Reforma Provisoria", bueno entre los buenos, y bueno en España como salido de pluma hispanista. Y el serio recuento de la ruptura con el Kja, de Ernesto Barros Jarpa, que explora zonas desconocidas de una de las crisis y dramas de nuestra vida internacional, con documentos hasta ahora desconocidos y que titula "Historia para olvidar". Con iguales rasgos señalamos los trabajos muy originales de Negri, Juan Luis Espejo, Guillermo Donoso, Pedro Lira Urquiza, Alejandro Méndez, Zenón Urrutia Latorre, de Jorge Valadarez Campos y del Padre Ilanich, todos los cuales se distinguen por constituir un aporte efectivo y novedoso en la investigación histórica. El espacio nos impide señalar otros libros de movimientos que engloban estas páginas. No hay duda que la crítica los tendrá que señalar.

Los libros rodearon y alimentaron la vida de Feliú Cruz. Le extrañan y le abogan. Por eso ahora describe una parálisis en un vuelo de regreso. Habla de su inmensa biblioteca, la más rica en asuntos americanistas y chilenos sobreviviente en nuestro tiempo, como colección privada. Ahora levanta el vuelo nuevamente. Y van a estar de regreso: Guillermo Feliú Cruz dejó a sus hijos Ximena y Guillermo, la misión de custodiar y hacer uso de la herencia bibliográfica que les dejó. Y ellos no han vacilado un instante. Por su disposición como herederos, estos libros pasarán a integrar el acervo de la Biblioteca Nacional, tal como llegaron, hace cincuenta años los de su maestro, cerrando el mismo círculo.

Homenaje a Guillermo Feliú Cruz [artículo] Héctor Fuenzalida.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuenzalida Villegas, Héctor, 1903-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homenaje a Guillermo Feliú Cruz [artículo] Héctor Fuenzalida. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile